
LECTURAS EFÍMERAS

Joan Carles Brugué

Quisiera volver a presentar, para releerlo, un texto que me parece capital y que ya citó, quizás demasiado de pasada, Domingo Melero en sus "Comentarios a una nota de Légaut sobre la lectura", en el n° 2 de estos *Cuadernos de la Diáspora*.

Es un texto algo confuso en la redacción. Se trata de un borrador que Légaut escribió al final de su vida y que no acabó de corregir y pulir. Quizás mejor así. Conserva la tensión del esfuerzo por dejar una huella de aquello que queda después de que todo se ha desvanecido.

El título que Thérèse De Scott le pone a este texto inédito es: "**¿Por qué escribir?**". Un título acertado. Pero que da lugar a dos interpretaciones. 1) Se introduce la pregunta, "¿por qué escribir?", dando por supuesto que el texto ofrece la respuesta concreta: "para pensar mejor"; 2) La segunda interpretación sería: ¿por qué escribir si "todo sin cesar se vuelve a cuestionar?"

[**¿Por qué escribir?**] Se lee más que se piensa. Porque leer dispensa de pensar, se lee mucho, de forma que se piensa poco. Cuando uno escribe mucho, insensiblemente se ve conducido a repetir lo que ya ha escrito; repetición que no es más que una dilución de lo que fue pensado de un modo pleno en el pasado, de lo que fue vivido antes de ser dicho. ¿Quién se detiene, en la lectura de una página, para sentir cómo sube en él el eco de lo que acaba de leer? ¿Quién retoma aquella página otra vez para gustar de nuevo -lo cual no será sino de un modo también nuevo- su ver-

dad, directa, imperturbable, que va más lejos de lo que en ella se expone y se entiende; tan lejos que uno no sabe adónde lo llevará si responde con su vida; tan lejos que se tiene miedo de ello, no ignorando, sin embargo, en el fondo de sí, que, si no se va allí donde ella comienza a llamar para que vaya, la vida ya no será más que una máscara, vacía por no estar llena más que por lo que la ha ido ocupando, porque se recibió sin siquiera saberlo o porque se introdujo para estar atareado, acumulando lecturas?

Pero, entonces, ¿por qué escribir, lo que se dice escribir de verdad, ya que nadie lee, lo que se dice leer de verdad? *Para pensar mejor* [el subrayado es de Légaut]. Sí. Pero no piensa en todo momento el hombre que piensa. Pero, pensar, ¿no es a menudo volver a cuestionar lo que ya se pensó antaño? Y, ¿hasta dónde va a llegar esto? ¿Qué nos quedará al final, si todo, sin cesar, se vuelve a cuestionar? La energía misma que nos hace pensar. Esta necesidad de la que no nos escabullimos y a la que nos sometimos. Esa fe que no es la fe que se predica, o que se impone, o que a priori se establece que no debe ser pensada. Esta "fe" que me coge la vida hasta despojarme de todo aquello con lo que creí vivir, aquello a partir de lo cual comencé a vivir. ¿Me quedará ella, esta fe que sin cesar se me escapa entre los dedos? Este aliento, ¿me quedará hasta el último suspiro? ¿Lo acompañará hasta sucederle? Si no fuese así, nada sería de lo que yo soy. Pero mi manera misma de escaparme instintivamente, vitalmente, a esta realidad última que niega en mí toda realidad, me afirma que, aunque yo no fuese más que eso, el sentido de mi vida es descubrir que no lo tiene.

Alta cima de lo humano que ha dado vértigo a los más grandes. Y de lejos, mejor aún en Oriente que en Occidente, ella ha sido el faro para muchas vidas entre las más profundas que se han despojado de lo que tenían de más humano para ser digna(s) de ya no ser, es decir, de desprenderse del ciclo sin cesar reemprendido de los "renacimientos". Renunciamiento que, paradójicamente, ayuda a vivir a aquellos cuya vida está recargada, él es la cima que todavía hay que sobrepasar pues hace entrar

Después de leer este fragmento se tiene la impresión de estar ante el Légaut que "pasa" de los escritos, las ideas, los esfuerzos...; ante el que un día, cuando era joven, impulsado por la misma inspiración, dejó la Universidad, el ambiente intelectual y se fue a la montaña a cuidar ovejas.

Los libros y escritos que han podido aparecer entre estos dos momentos de su vida, podrían considerarse pura anécdota desde las perspectiva del texto que acabamos de leer.

¿Porqué escribir, si en la espera y en la búsqueda (Cfr. cap. 13 de "El hombre en busca de su humanidad") uno queda poseído por esa "extraña especie de sabiduría *de nada* que no es pedagógicamente transmisible"?¹.

Sobre Dios, la vida y la muerte uno puede escribir cualquier cosa. "Pero la lucidez está en la indiferencia respecto a todo lo que puede decirse"².

No he podido evitar relacionar el texto de M. Légaut con el que he estado leyendo esta temporada: *Ensayo sobre Cioran* de Fernando Savater. Los dos, tanto el filósofo como el intérprete, totalmente compenetrados y mutuamente comprendidos, orquestan un discurso en el que se reconoce "el desapego, el desasimiento, esa libertad negativa que prende fuego a todas sus naves, para poder nadar mejor".

Cuadernos de la Diáspora pretende ofrecer textos para la reflexión; por este motivo quisiera transcribir una anécdota que E. M. Cioran cuenta en el prefacio para el citado ensayo de

¹ "Ensayo sobre Cioran". Fernando Savater. Editorial Espasa Calpe. Colección Austral núm. A 288.

² Idem.

F. Savater y que nos inspira claves interpretativas para releer al mismo M. Légaut.

"¿Quién es filósofo? El primero que llegue *roído* por interrogaciones esenciales y contento de estar atormentado por una lacra tan notable. Voy a citarle un ejemplo o, si prefiere, un caso. Durante años he recibido la visita de un mendigo que venía a plantearme preguntas sobre Dios, sobre la materia, sobre el mal, etc., a las cuales, claro está, yo no podía responder. Llevaba esas preguntas en él, les daba vueltas en todos los sentidos, se confundía con ellas. No he conocido a nadie más *cogido*, más aquejado por lo insoluble y por lo inextricable. Un día, en un momento de desaliento, me confesó que merecía su condición, que sólo era un mendigo y nada más, y que tanto su modo de existencia como sus obsesiones le parecían igualmente despreciables. Para levantarle el ánimo le dije de inmediato: "¿Sabes?, eres para mí el mayor filósofo de París, en este momento". Me miró atónito y creyó que me burlaba de él. Pero había en mis palabras un tono de sinceridad que no se le escapó y que debió de impresionarle. Después, sus visitas se espaciaron hasta cesar por completo.

¿Vive todavía? ¿Ha muerto? No lo sé; la ventaja de no tener domicilio es poder desaparecer sin dejar huellas. Tal es el privilegio del mendigo.

Ese hombre en verdad es, o era, un filósofo y quizá yo también lo soy un poco, en la medida en que, a favor de mis achaques, me he atreado en avanzar siempre hacia un más alto grado de inseguridad."